

Suscripción:

En Murcia,
50 cts. al mes
Provincias,
8 reales tri-
mestre.
Pago adelan-
tado.

LA JUVENTUD LITERARIA

Se publica los Jueves y Domingos.

Año II.

Murcia 9 de Mayo de 1889.

Núm. 39.

Anuncios.

Se reciben
en la Admi-
nistración de
este periódico
Comunica-
dos, á precios
módicos.

Anuncio-tarjeta y periódico 4
reales al mes.
Número suelto 10 céntimos.

Redaccion y Administracion
APÓSTOLES 11, BAJO.

Colaboradores todos los suscri-
tores.
La correspondencia al director.

La Juventud Literaria.

EL AMA DE CRIA

Hay un castigo tremendo en este mundo, que está casi exclusivamente reservado á las clases acomodadas.

Ellas tendrán dinero, lujo, bienestar; pero ¡ay! que también tienen el ama de cría

Esta calamidad cae sobre una familia como si fuera un pedrisco, y durante unos cuantos meses hay que soportarla con resignación.

¡Cuanta sangre pudren! ¡Cómo hacen rabiarse á los papás de la criatura! ¡Qué humos gastan! ¡Qué soberbia!

Vamos á tomar al azar una casa cualquiera donde tienen ama de cría. La de mi vecino don Nicolás Arraige, por ejemplo.

Este buen señor está casado con Mercedes Hueso y tienen un niño; el primero. Mercedes es delicada y no ha podido criar.

¡Y eso que la pobre bien lo deseaba!

Se buscó un ama guapota, frescachona y sana, y por conducto de una agencia de colocaciones hallaron lo que deseaban en Robustiana.

Ya tenemos á Robustiana instalada en casa como una reina en su trono.

Empezó diciendo que ella necesitaba comer mucho y á todas horas, porque si no se debilitaba.

Y allí fué el hartazgo.

Chocolate con un vaso de medio cuartillo de leche, á las ocho; un par de chuletas y queso á las diez; una gran taza de sopas de caldo á las once. Al medio día un almuerzo monumental; á las cuatro otro par de chuletas; á las seis un caldo; á las siete la comida; á las diez dos huevos fritos; á las doce dos pasados

por agua, y constantemente en la mesita de noche un gran vaso lleno de leche, por si se despertaba.

Aquello no era comer, era devorar.

Los dos ó tres primeros días, Robustiana no se metió con nadie. Andaba buscando la embocadura.

Al cuarto ya riñó con la cocinera porque las chuletas estaban demasiado hechas. ¡Y qué cosas la dijo! Nicolás, su señora y todos los de la casa tuvieron que taparse los oídos.

Unos días después, estando dando de mamar á Joaquinín, que así se llamaba el rorro, tuvo una congoja.

Todos acudieron asustados.

¿Qué es eso ama? = preguntó Nicolás.

—Nada, señorito, que, ó se va la cocinera de casa, ó voy á dar muy mala leche á esta criaturita.

—¿Pero qué le ha echo á usted la cocinera?

= Insultarme. ¡Me ha llamado agujero y pagotona!

—Dejelo usted correr. Eso no vale la pena. Ya me encargaré yo de reñirla.

Efectivamente la cocinera recibió una peluca por causa de Robustiana.

Pero no se contentó con esto el tirano. Cada día armaba una pelotera á la maritornes de la cocina, hasta que consiguió que la echasen de casa y eso que era muy honrada y guisaba bien.

¡Y cómo no echarla! Antes ora la leche de Joaquinito que todo.

Satisfecha con este triunfo, Robustiana estuvo dos días con relativa tranquilidad.

Después la emprendió con Mercedes, y la daba unas contestaciones que la dejaba fría.

El recurso del ama, cuando Mercedes harta de sus malas maneras, intentaba llamarla al orden, era echarse á reír á carjada, y cantar á grito pelado.

Cuando yo... vine aquí lo primero que al pelo aprendí...

Otras veces le daba por llorar como si la estuviesen desollando, y entonces se encerraba con Joaquin en su cuarto.

En vano Nicolás y su señora la suplicaban á la puerta.

—¡Ama, por el amor de Dios! abra; no llore!

Que si quieres; ella les habia de dar la gran desazón.

En cuanto á pedir, siempre estaba pidiendo.

Cuando salia de paseo y veia otra ama mejor vestida que ella, se con-comía.

—Mire, doña Mercedes, qué bien llevan los señores de Gómez á su ama.

= Es que los señores de Gómez son millonarios.

Para tenerla contenta los padres de Joaquinito la daban cuanto podían. Que ahora le sale un diente á aquel ángel de Dios, pues un par de duros para el ama. Que se le viste de largo, pues media onza.

Pero Robustiana era insaciable. No habia en casa trape que no pidiese:

—Doña Mercedes, ya me podía dar aquel vestido que ya no lleva.

= Pues si no le sirve á usted.

= Se lo enviaré á mi cuñada.

Cuando se pasaban tres ó cuatro dias sin darla algo, ya estaba armando camorra con todo bicho viviente.

Nicolás estaba volado.

Un dia que oyó unas malas expresiones dirigidas á su esposa, se cuadró delante de la fiera.

—Ama, si usted continúa, la tiro por el balcón.

—Tiraban.

= ¡Dejala! = gritaba Mercedes.

= ¿Me quié usted tirar de veras? = decía con sorna aquella albaja.

Nicolás se marchaba á su cuarto